

delatores, el oficio de los verdugos, puede ser grato á las colectividades, un frío afecto de verdadero espanto heló al Congreso y al público, tan ruidosos y exaltados antes. Marat empezó por confesar que tenía muchos enemigos en aquel Parlamento, y el Parlamento corroboró esta especie, interrumpiéndole para decirle que no tenía muchos enemigos en aquel Parlamento, que tenía por enemigos á todos sus diputados sin excepción alguna. No le arredró la interrupción, temerario y escandaloso de suyo, antes le impulsó á promover escándolos inauditos y á pasar por temeridades inverosímiles. Con arreglo á las costumbres públicas, el orador de las bodegas y de los subterráneos, empezó con arrojo su arenga, celebrando su propia persona y trayendo á colación sus añejos servicios. Apostolado de la libertad, combate á brazo partido con los reyes, arengas y proclamas revolucionarias, resistencias á las corrupciones cortesanas, trabajos para descubrir los traidores, fundación del club de los franciscanos, más demócrata que el club de los jacobinos, excitación á continuar la lucha después del asalto y toma de la Bastilla, todo salió á la colada, demostrando que su persona, el calumniado y maldecido Marat, podía considerarse como el mayor revolucionario de pelo en pecho, que había visto Francia, en los diversos actos de su gloriosa revolución. Así, lejos de negar sus proyectos de dictadura, con un grande cinismo propio del célebre filósofo griego, que fia legado con este calificativo á la posteridad, una filosofía célebre, afirmó como siempre quiso y siempre propuso á sus partidarios, la dictadura y el triunvirato, únicos instrumentos, según él, capaces de gobernar y dirigir la revolución. Lo único atenuado en aquel relato de sus propósitos y de sus hazañas, fué la participación de Robespierre y de Danton, á quienes propuso tal plan político, sin lograr verlo por ellos admitido. Pero que deseó continuar la revolución después de la Bastilla, que propuso un absolutismo del pueblo contra el rey, análogo al ejercido por el rey contra el pueblo, que pidió quinientas mil cabezas para empedrar con ellas las vías triunfales del derecho, que sopló desde sus antros el terror sobre los ánimos y puso el puñal en manos de los revolucionarios, no pudo negarlo, porque todo ello era verdad, y la verdad su ídolo. Imaginaos cual asombro causaría en el público aquella temeridad, demandando el origen y principio de una idea, que todos habían anatematizado con los más terribles anatemas, que todos habían querido borrar con la punta de sus puñales, que todos habían proclamado, como una enorme traición á la libertad y á la patria. Por muy asqueroso que sea un valiente, siempre sublima en este mundo el valor á quien lo tiene y ejerce, como lo ejercía Marat, pidiendo para su cabeza los rayos que culebrecaban en la Convención. Muy feo, aunque no ridículo, muy sucio de aspecto, muy mal trajeado, con aires de bandido, con palabras de muerte, con ufánias de homicida, con cien puñales blandidos en el aire sobre su corazón y mil anatemas lanzados sobre su frente, Marat; sereno, desdeñoso, despreciativo, burlándose de todos, conminando á todos, franco hasta la desvergüenza, ofreció un espectáculo estético más extravagante que original, es-

pectáculo cuyas incidencias, no podían menos de halagar á un pueblo, artista, heróico, romano. Así tras de haberse visto aislado en el Congreso, perseguido por los terribles cargos que le dirigían todos, puesto en la picota como un libelista de de los antiguos tiempos, Marat volvió á su banco, sino entre los aplausos, entre los asombros de aquella inquieta y movible mayoría. Necesitábase para conjurar el efecto de un orador extraordinario, de un político excepcional, del hombre que mayor ascendiente sobre los diputaados ejerciera, y se halló á Vergniaud quien trocó su lira de oro, en aguda lanza de combate

Formidable Vergniaud en el combate con las antiguas instituciones históricas, no tenía igual vigor é igual pujanza en el combate con las personas y con los partidos revolucionarios. Así, el discurso fulminado sobre Marat, no se pareció en elocuencia y en vigor al discurso fulminado sobre la Monarquía. Poco seguro de si, repulsivo á las personalidades, perezoso antes de hablar en todas ocasiones, y en aquella impelido, mal de su grado, al estadio, Vergniaud estuvo flojo en sus argumentos, deshilvanado en sus ilaciones, incorrecto en sus frases, como quien cumple ajenas consignas y no propios propósitos. Pero en lo que principalmente marró aquella tarde, fué, sin duda, en el fondo de su discurso, por haberlo llevado á las mayores exageraciones personales. Hartos motivos había de acusar á Marat por su entrada insólita en el comité revolucionario, por su presidencia horrosa del comité de vigilancia, por las consignas dadas, promoviendo los degüellos de Setiembre, por el robo de la imprenta nacional, por el envío de sicarios al asesinato y al incendio, por los fondos demandados para su propaganda exterminadora, por las huellas de lágrimas y sangre dejadas en las órbitas de su cometaria carrera, por la misma confesión pública en que se acusaba de pecador y proponía el triunvirato con la dictadura. Pero, ciego por la pasión, poseído de los miasmas febriles respirados en los aires, queriendo matar de un golpe á quien se defendía con tales bríos y ánimos, exageró Vergniaud su ministerio fiscal y sus fiscales acusaciones, con la evocación de las sentencias dadas por el poder absoluto, sobre la persona de su enemigo. Después de que la Monarquía fuera desacatada el 20 de Julio, después que fuera vencida el 10 de Agosto, después que se hallara en el Temple reclusa, patente sus traiciones á la libertad y sus complicidades con el extranjero, no podían calificarse de sentencias deshonorosas para un revolucionario, dadas en los tiempos antiguos por tribunales y magistrados monárquicos. A ninguno de los montañeses pudo en aquella sazón ocultarse cuánto perdía Vergniaud y ganaba Marat, puestas en su punto las recriminaciones traídas por aquel para perderle. En el seno de la Convención era un mérito lo que fuera un demérito en el seno de Versalles. Las sentencias fulminadas por las magistraturas monárquicas, cubrían la sucia frente del aborrecido triunviro con rayos olímpicos. Así, volvió á erguirse con ardimiento en la tribuna; volvió á recordar sus méritos y servicios; volvió á decir que los fallos dirigidos sobre su vida y su honra le divinizaran, y lanzó á la frente de sus acusadores, recíproca y triste acusación, demostrán-

doles defendían la magistratura realista, porque allá, en el fondo de su alma, echaban de menos la realeza. Los girondinos comprendieron cuánto atrasaran en las torpes arengas de Vergniaud, y metieron el debate á barato, con interrupciones terribles, las cuales reclamaban respuestas espantosas, igualmente asesinas, del vencedor y del vencido. Montada la temperatura con tales tormentas á un grado de incendio indecible; caldeados los ánimos en aquellas fraguas donde se forjaban al yunque toda clase de armas, no contra los Reyes, contra los republicanos entre sí, sueltos los odios, como azuzadas serpientes, el espectáculo llegó á lo trágico, y el suicidio se presentó como lo más natural y propio de aquella Convención suicida. Mientras las acusaciones fiscales y las respuestas múltiples á dichas acusaciones vibraban en los aires, Marat, atraía sobre sí el interés personal con un rasgo escénico de primer orden, muy propio del terrible actor. Este rasgo consistió en decir que si sus servicios se pagaban con ingratitudes, si sus tormentos y martirios en la Monarquía le costaban horribles vejámenes en la República, si le maldecían y le acusaban los mismos á quienes abriera las puertas de aquella Convención soberana, él estaba resuelto á no ver la infamia del Parlamento y de los diputados, quitándose la vida en la misma tribuna que habían sus esfuerzos erigido. Y, en efecto, el triunviro sangriento sacó una pistola del sucio bolsillo, y aplicándosela con fría serenidad á las sienes, dijo que, antes de oír las acusaciones apercibidas, se saltaría la tapa de los sesos. ¡Parece imposible! tal escena de me melodrama cerró el debate y salvó á Marat. Pero, lo que no pudo salvar, porque allí quedó hundida, fué la unidad del partido revolucionario, dividido desde aquel día trágico entre la escuela girondina y la escuela montañesa. Pongamos aquí tal hecho, que ya reconcido y proclamado, nos servirá como de clave misteriosa para presentar los futuros sucesos. Hay que fijarse, pues, y mucho, en esta particularidad, y hay que ver cuánto trasciende á la rápida fortuna de los girondinos al malo gro de los conatos dantonescos, al triunfo también rápido de Robespierre, al combate titánico entre todos los partidos convencionales, al fugaz paso por Francia de la República y de la Convención.



## CAPÍTULO TERCERO

### Los últimos días de la Convención

Pocos organismos, muy pocos, han dominado en las sociedades humanas que hayan merecido tanto y tan intenso y tan perpetuo interés como la Convención francesa. Destinada por el cielo á representar en el minuto de aparecer sobre la superficie del eterno río de los tiempos, la santa y fecunda libertad, erigió el más invasor, el más omnimodo, el más omnipotente despotismo, despotismo exiraño, no representado por una persona, como todos los demás, representado por muchas personas, las cuales se absorbieron todas en enormísima dictadura como los dioses del paganismo se absorbieran en el sátiro de Víctor Hugo, evocado por su leyenda de los siglos: Parece contradictorio, y lo es, que un magno Congreso, venido á organizar una magna República, producto y hechura de la democracia recién emancipada no tuviese más medio que la dictadura para organizar la libertad. Pero esto encuentra su explicación capital en el estado de guerra que precedió, acompañó, subsiguió á la Convención. Tal estado exigía que los derechos recién reconocidos se suspendiesen; que las libertades recién allegadas se velasen, que cada hogar inviolable y sagrado se convirtiera en una fortaleza regida por un formidable régimen militar; que los ciudadanos libres, al manumitirse y emanciparse por necesidad, llegasen á soldados siervos de la disciplina y de la ordenanza; que reinara la muerte, quien de ningún seguro ha menester, donde la vida hubiera pedido espacio para dilatar su luz y su color. Existen analogías indudables entre la naturaleza del universo material y la naturaleza del universo político. En aquél,